

## La imaginación y una rosa\*

Por María Rosa PALAZÓN MAYORAL\*\*

NO CONOCI a Paula Gómez Alonso, pero sí a las siguientes pioneras de la filosofía en México que arraigaron en nuestra casa de estudios, la UNAM: la bellísima Vera Yamuni, mi profesora; Carmen Rovira, tan solidaria, además, con la educación media superior; y a la dulce profesora de pelo rojo llamada Rosa Krauze, que obtuvo el grado de doctora contra viento y marea, porque no sólo crió a tres hijos (si no me equivoco en número), sino que cumplió dobles y triples jornadas. Me conmovió que un poco antes de su examen profesional se preguntara angustiada: “¿Por qué me metí en este lío?”, y yo le contesté que porque era más valiente que el Cid Campeador. Nunca tomé clases con mi tocaya (Rosas somos) aunque nos encontramos en el sendero laboral debido a objetivos e inquietudes comunes, entre otras sobre lo imaginario.

Uno de nuestros fines ha sido rescatar los textos de autores mexicanos significativos, que de otra manera permanecerían en el olvido o mudos. Siempre admiré este proyecto como se admiran las más laboriosas experiencias compartidas, que implican compilar, anotar y prologar las obras que aparecen en las prestigiadas colecciones *Nueva Biblioteca Mexicana* y *Biblioteca del Estudiante Universitario*. Yo reuní catorce tomos de José Joaquín Fernández de Lizardi. Rosa Krauze hizo lo mismo con algunos de Antonio Caso, el maestro que inauguró la asignatura de Estética en la Escuela de Altos Estudios, enamorando a sus alumnos, según afirmó Ramos. La ética y la estética de Caso son, a mi juicio, por demás sugerentes.

Un buen día escribí una ponencia sobre la discusión de Caso con el positivista Agustín de Aragón. Intenté ponderar lo que estaba implícito en aquel diálogo en discrepancia. Recibí una reprimenda de la especialista, que conocía todos los vericuetos y ramificaciones del pensamiento del antipositivista Antonio Caso. Me percaté de mi ignorancia del tema, cosa que ella me demostró fehacientemente.

Rosa Krauze fue invitada por los filósofos, tal vez en principio por su maestro, a tratar de resolver los enigmas de la imaginación, y siguiendo

\* Escrito en homenaje a la filósofa Rosa Krauze, fallecida el 23 de septiembre del 2003.

\*\* Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México. E-mail: <mpalazoa@sni.conacyt.mx>.

aquella vieja ruta de la polémica Caso-Aragón, se adentró en el inexplorado terreno de la llamada filosofía analítica. Ha sido pionera y sin duda, valiente.

Antes de penetrar los enigmas, que Krauze recoge con una precisión digna de encomio, hablaré del sentido analógico que dio a la trilogía de Austin, aplicándola al arte que más le llama la atención, a saber, la literatura.

Según nuestra filósofa, para que una novela, cuento, fábula y demás géneros literarios tengan efecto, es decir, que no queden en el ostracismo y obtengan el éxito de ser ubicados en el escurridizo ámbito de lo artístico — faceta perlocucionaria, interpretativa o hermenéutica—, es necesario que el receptor capte su locución —qué dice— y su ilocución —cómo lo dice. Coincide con muchos estetas en que el primer compromiso del versificador o prosista es recrear el lenguaje: está comprometido con su ilocución que, por efecto simple, afecta su locución.

### *¿La literatura miente?*

**D**ESDE Aristóteles, si no antes, se han establecido pares de contrarios, algunos de los cuales resultan enigmáticos: verdad/ falsedad, verdad/ engaño, verdad/ ilusión y verdad/ mentira. Estableciendo una sinonimia entre el segundo y último par, se acabó derrumbando la mimesis literaria en los terrenos de las mentiras o las ilusiones. Pero, a juicio de Krauze, tal posición teórica no hace más que contraponer dos quehaceres que manejan distintos principios de realidad: la obra literaria no da a entender de manera dolosa un mensaje. La literatura, registra Rosa Krauze, para Searle, Gabriel y Gale, no miente, no es simuladamente astuta, no está llena de dobleces ni disimulos, aunque idealice, distorsione, sublime, niegue y deforme *ex professo* en trayectorias que van desde alusiones francas hasta la desavenencia con lo acontecido.

Es menester, pues, abundar en las pretensiones y compromisos ontológicos que establecen los textos literarios. ¿En qué engañan?, ¿qué eluden, roban o escamotean? Si hubiera engaño premeditado, habría mentira. Al contrario, el juego poético es honrado porque nunca deja de declarar lo que es: cumple lo que promete, con su palabra empeñada, porque aun cuando no haya nacido del *logos* filosófico, ama también la verdad.

Desde sus orígenes, ningún texto literario ha defendido sus principios ideológicos exactamente como lo hacen, o intentan hacer, otras áreas del saber: su verdad parte de una complejión de no-verdad que se

permite utilizar ficciones o, si se prefiere, salidas ilusorias de la imaginación que no prometen la correspondencia exacta, uno a uno, entre lo dicho y lo acontecido.

Desde que se emancipó del mito y la religión, la literatura nunca ha respetado las mismas reglas utilizadas por las ciencias empíricas, o sea, el mismo principio de realidad, ni se asume como auténtica y veraz, es decir, ajena a los dobleces de la imaginación que no son voluntariamente falaces. Sin embargo, de que no sea mentirosa no se sigue que el texto literario es verdadero, si este concepto lo reservamos para las ciencias empíricas.

Se han desacreditado las artes del verbo desde la moderna, que no contemporánea, veneración de la ciencia (así, en singular), que trazó una línea demarcatoria estricta entre las descripciones de la realidad --de la "cosa verdadera"--, que toman un compromiso ontológico, de las artes verbales, escénicas, plásticas (música y pintura), y, más recientemente, de la cinematografía, que se consideran liberadas de tales compromisos --según Woods citado por Rosa Krauze. Las obras literarias son consideradas meras ilusiones o fantasías. Un lujo superficial o prescindible que, acuñando nombres propios y descripciones identificadoras, habla de relaciones alternativas o mundos paralelos diferentes a los actuales, a lo fáctico; en un escrito al tenor los individuos que "verdaderamente" existen pueden no hallarse representados, o aparecer accidentalmente, y quizás se les asignen hechos y atributos distintos de los que poseen en el mundo real, en palabras de Kripke citadas por Krauze. Tal es su principio ontológico.

Hablamos de "juego fantástico" a partir de que el discurso literario mimético no fue concebido bajo el mismo principio de realidad que la historia, disciplina que, como una de las vertientes literarias, usa la narración, el *mythos*. La historia, observa Aristóteles en su *Poética*, se compromete a contar las cosas tal cual sucedieron, en su unicidad y según una correspondencia --lo que hizo Alcibiades, por ejemplo-- mientras que la poesía --sea el texto dramático y su puesta en escena-- más filosófica, cuenta las cosas como pudieran haber sucedido, es decir, habiendo captado, como el filósofo, sus características definitorias, las ejemplifica, recogiendo de esta manera una perspectiva sobre la realidad pública y común. Antonio Caso abunda en que este filósofo griego observó cómo el poeta trágico narra una historia particular, como lo hace el historiador, pero no forzosamente como sucedió, sino como podría haber sido, es decir, penetra en las esferas de la verosimilitud, cuyas pretensiones son tener una mediada, no directa, correspondencia

con la realidad. O, si se prefiere, la representación literaria es asunto más de una forma especial de sentido que de concordancia literal.

El poeta trabaja bajo el dictado de la abstracción: en lo individual mezcla revelaciones de lo generalizable, sin importar las intervenciones de la ficción, piensa Caso. Luego, entre la filosofía y la poesía o *poiesis* literaria existen parecidos de familia, en el entendido, señala Krauze de acuerdo con Héctor Neri Castañeda, que la narrativa expresa posibles objetos de pensamiento, o bien descripciones definidas y miméticas, en las cuales lo que se piensa y expresa es lógica y ontológicamente anterior a la creación artística.

Con el tiempo, las placenteras o satisfactorias ocurrencias míticas quedaron como ficciones, sin que dejen de ser una instructiva sabiduría sobre las cosas y hechos descritos o simbolizados, que ahora plantean un extraño principio de realidad, porque lo descrito “era y no era”, según fórmula ritual de los cuentos maravillosos.

Ramos reconoció que su maestro Antonio Caso, en una época de intelectualismo cientificista que desdeñaba la imaginación, defendió que hay obras artísticas miméticas que ofrecen el conocimiento de una verdad colectiva, particularizándola mediante la creación de tipos o personalidades y de posibles hechos circunstanciales. Yendo más lejos, Caso dijo que las “rotundas” leyes científicas designan un orden regular, como un desfile de fantasmas cuyos miembros han perdido sus particularidades, “criaturas frágiles como hojas del bosque”, en expresión de Aristófanes que hace suya.<sup>1</sup>

La literatura no escamotea nada: dentro de sus reglas, siempre comunica uno u otro conocimiento, aunque su contenido de verdad sólo puede conocerse por las mediaciones del principio de realidad que juega con lo actual y lo virtual o combinatoria del *como si*, forma de simulación o duplicidad que difiere del engañoso disimulo.

Cualquier discurso con una semántica o aspecto locutivo es acerca de algo o alguien: necesita decir el mundo, no perder sus vínculos con la realidad. Ferrater Mora, citado por Rosa Krauze, concuerda en que los enunciados de la literatura no son iguales a los de la física, siendo necesario distinguir los usos fácticos de los ficticios del lenguaje; pero dice que tampoco son meramente subjetivos, porque el escritor no crea *ex nihilo* sino sobre la base de personajes y hechos acontecidos.

<sup>1</sup> Antonio Caso, *Obras Completas, V, Estética*, Rosa Krauze, comp., estudio de Justino Fernández. México, Dirección General de Publicaciones, UNAM, 1971 (*Nueva Biblioteca Mexicana*, 17), p. 39.

La distinción medieval entre verdad *de re*, de hecho, y *de dicto* o desde otro enfoque ontológico, es la clave para solucionar este embrollo, aunque, añade Rosa Krauze, existen personajes que adquieren vida independientemente de su creación mítica o literaria: emigran de una a otra descripción ficticia: el hablante las alude como algo existente *de re* y *de dicto*, sean al caso los personajes bíblicos o el Ulises al que aludiré unas líneas más adelante.

*Problemas de la referencia:  
los personajes ficticios*

UNA cosa es que los mensajes o la parte locucionaria de la obra alcance un enigmático pero auténtico sentido de verdad, y otra cosa es que la diégesis refiera personajes reales, que existen o existieron en algún cronotopo (en una situación histórica).

Centrándose en el manejo de los personajes literarios, Rosa Krauze Pacht —*Ficción y verdad en literatura*— se adentra en las múltiples discusiones sobre los objetos imaginarios que asumió como gran enigma la lógica modal. Las resume. Tomaron el primer aire con Meinong, quien defendió alguna forma de existencia de los objetos imaginarios. En oposición, Frege y Russell distinguieron entre significado o sentido y referencia. “El actual rey de Francia es calvo” tiene sentido, podemos entenderlo, aunque carece de una denotación o referencia.

Russell propuso su teoría de las descripciones, y bajo el prisma de ésta, juzgó los enunciados acerca de los objetos ficticios como enunciados que carecen de un referente que pueda ser señalado ostensivamente, o que haya podido serlo. La misma línea de pensamiento, con algunas variaciones, fue asumida por Quine y Woods. Para estos últimos los narradores no adquieren ningún compromiso ontológico con el personaje que inventan.

Menos inmersos en el dogma de este realismo cuadrado, de raíz positivista, Chisholm y Parsons consideraron la teoría de las descripciones inadecuada para tratar los fenómenos intencionales y entorpecedora de un tratamiento adecuado de la ficción.

Por otro lado, bajo el punto de vista de Strawson el significado no se identifica con la referencia, y referir no es igual a aseverar, quedando en pie si para este filósofo la aseveración literaria puede ser verdadera o falsa.

A diferencia de Russell, según Kripke continúa Rosa Krauze, los nombres propios refieren con independencia de descripciones identificadoras, lo que posibilita hablar de mundos paralelos, o relaciones

alternativas, diferentes a las fácticas o actuales. Porende, los individuos reales o existentes pueden no hallarse presentes en la narración, o aparecer en descripciones accidentales, donde también se les asignan otros atributos y acciones de los que tuvieron o llevaron a cabo.

Para Austin, posiblemente el más agudo de todos, los usos fácticos y ficticios son dos convenciones que han de mantenerse separadas, porque son dos actos ilocucionarios diferentes. No se trata de que el sentido o significado de los enunciados literarios se analice como refiriendo a un individuo existente: su propiedad expresiva se realiza de acuerdo con otros valores de verdad, con otros compromisos. No obstante, poco después Austin abandona este atisbo al decir que aun cuando el escritor o hablante puede proveer evidencias o razones sus enunciados no son verdaderos en tanto no son referenciales: ni el escritor ni sus lectores se comprometen a entenderlos como tales. En consecuencia de lo dicho, Braithwaite dice, constriniéndose específicamente al personaje, que cuando no existe o no existió la persona designada los enunciados funcionan con fines de narración, no para ser creídos, y esto se contradice con la manera en que es recibida la obra, al menos durante la primera fase de su recepción.

Krauze explica que para Gilbert Ryle una proposición es falsa (¿mentirosa?) cuando aplica a alguien características que no posee. Las proposiciones designan verdadera o falsamente. Los enunciados que recurren a la ficción son pseudodesignaciones, ni verdaderas ni falsas: un ser imaginario difiere de un ser existente en que éste tiene atributos, y aquél no. En los *Pickwick Papers*, Dickens une atribuciones en predicados compuestos que abarcan, invitando a imaginar que alguien, Mr. Pickwick, los posee. Según esto, continúa Rosa Krauze, la del literato es una actitud constructiva que describe una instancia fantasiosa. Nada más. Austin piensa que un personaje puede ser la conjunción de individuos reales aunque esto no pueda ser demostrado. Sin embargo, el testimonio de los creadores ratifica esta aguda observación.

A juicio de Rosa Krauze, los anteriores análisis lógicos han sido impotentes para identificar los textos literarios que refieren y los que no refieren la realidad, y cómo lo hacen. Sin embargo, hubo atisbos muy sugerentes que analiza y comenta. Así, G. E. Moore entendió que los enunciados que escribió Dickens no son sobre un individuo existente o no existente llamado Mr. Pickwick, sino que hablan de un hombre del cual se cuenta la historia, describiendo así una realidad social. Con mayor precisión, Margaret McDonald sostuvo que “ficticio” significa que no es real y que expresa algo compuesto que no tiene por qué ser

falso. Para esta última se evitan confusiones descubriendo las reglas del juego, usando la forma “supongamos que había un muchacho llamado Pickwick que”. Por último, Umberto Eco externó que la lógica modal podría dar las bases para concebir que las acciones y los seres ficticios de la literatura forman parte de un sistema cultural, o sea, que tienen una forma de existencia: Ulises no se encuentra únicamente en la *Odissea*, sino que formó parte de las creencias que manifestaron los griegos en los tiempos en que este texto épico fue emitido.

Luego, la narración, sea novela o cuento, no está encerrada en su propio dicente: remite a una realidad que si bien sobrepasa a la factual, habla de ésta. Vistas así las cosas, el contenido sociológico y psicológico de, por ejemplo, una novela, puede ser verdadero o falso, a juicio de Rosa Krauze, dependiendo de la noción de verdad que se emplee. Estos valores dependen siempre de una perspectiva (además de lo locucionario e ilocucionario ha de considerarse lo perlocucionario). Sin embargo, después de este valioso hallazgo, Krauze vuelve atrás o lo constriñe, diciendo que los textos verdaderos sólo valen para la literatura “realista”. Yo me pregunto si la poesía lírica habla de sentimientos y tales sentimientos no existieran como un hecho común, entonces ¿cómo podrían comunicarse? Su aspecto perlocucionario se perdería irremediablemente.

Krauze remata diciendo que la narración literaria está llena de hechos imposibles o contralógicos. Tratando de darle contenido a esto pienso en las simbolizaciones míticas que hoy son cuentos de hadas tradicionales, como el caso de Proserpina que, después de su rapto, habita el inframundo, y que regresa a la tierra, a su madre, en alguna época del año, o como el individuo metamorfoseado en insecto descrito por Kafka.

Ahora bien, en mi opinión, el texto literario no puede hablar de lo contralógico: siempre desarrolla acontecimientos posibles. Son tales si los colocamos dentro de simbolizaciones culturales, y atendemos a sus muchos y muy complejos recursos ilocucionarios: los acontecimientos imposibles, dice Eco con Thomas Pavel, no tienen cabida en la literatura, y esto vale incluso para el Teatro del absurdo. Para entender esto, prosigue Eco en el análisis de la misma Krauze, es menester rescatar la distinción *de re* y *de dicto*, de manera que lo imposible en el primer caso, no lo es en el segundo. Así, uno de los plausibles contenidos (manifiestos) o significado del mito de Proserpina es la nada contradictoria simbolización que hizo la cultura griega del ciclo primaveral. Tampoco me cuesta entender los sentimientos de alguien que, formado en una cultura donde los insectos son tenidos como animales

insignificantes, o dañinos, o ambas cosas, ha padecido vivencias que lo orillan a identificarse con éstos. No creo equivocarme mucho en estas “verdades implícitas”. También escuchando las conversaciones usuales y analizando muchas actitudes, entiendo algunas sátiras paródicas de Ibsen, independientemente de si estoy de acuerdo o no con sus apreciaciones.

### *En los brazos de Freud*

**ROSA KRAUZE** recoge la hipótesis de que la literatura es un discurso desiderativo (del deseo sublimado) que configura la imaginación creadora. Coincide con Routley, “The semantical structure of fictional discourse”: el emisor impone los lineamientos a su texto, de manera que no hay un solo tipo de ficción. Lo cual es verdad. Pero el acto configurador queda plasmado en el texto, y sólo en el texto. Esto es, cuando Krauze alaba los hallazgos freudianos en el ámbito de las artes, pasa por alto, como bien señala Ricoeur, que no tienen el mismo valor sus análisis psicoanalíticos de la cultura — como es el caso de *El Moisés* de Miguel Ángel, donde se observa a un individuo desesperado porque no se respeta el principio de orden de la ley mosaica, cuya finalidad es salvar a una población a punto de extinguirse— con sus análisis de orientación clínica, como es el caso de la homosexualidad de Leonardo de Vinci, inferida sobre la base indirecta de biografías y de falsas asociaciones etimológicas (la cola del cuervo que sueña en su boca): lo que resta de este ensayo freudiano son algunos hallazgos teóricos, pero en conjunto se equivoca estrepitosamente. Hubiera sido más acertado si Freud hubiera estado frente a frente con Leonardo y éste, por asociación libre, hubiera interpretado sus sueños y los motivos de esa sonrisa/mueca de la *Mona Lisa*. A la segunda parte del trabajo de Rosa Krauze faltó, en mi personal opinión, explorar las teorizaciones de la hermenéutica de Ricoeur.

Mis objeciones no restan un ápice de mérito a todas las aportaciones de esta valiente filósofa y pionera, quien nos abrió el sendero a otras para que nos lanzáramos a hacer filosofía en tiempos en que “tan sólo éramos unas viejas usurpando una labor masculina por definición”. Terminó con un saludo lleno de agradecimiento y admiración por aquella dulce maestra pelirroja que nos demostró que valemos mucho, por más que digan lo contrario.

## BIBLIOGRAFÍA

- Caso, Antonio, *Antología filosófica*, prólogo de Samuel Ramos, selección de Rosa Krauze, 4ª ed., México, Coordinación de Humanidades, UNAM, 1993 (*Biblioteca del Estudiante Universitario*, 80).
- , *Obras Completas V- Estética*, Rosa Krauze, comp., estudio de Justino Fernández, México, Dirección General de Publicaciones, UNAM, 1971 (*Nueva Biblioteca Mexicana*, 17).
- Krauze Patch, Rosa, *Ficción y verdad en la literatura*, tesis doctoral de filosofía, México, FFyL, UNAM, 1991.
- , *La filosofía de Antonio Caso*, México, Seminario de Historiografía de México, FFyL, UNAM, 1961.
- Ricoeur, Paul, *Freud: una interpretación de la cultura*, traducción de Armando Suárez con la colaboración de Miguel Olivera y Esteban Inciarte, 8ª ed., México, Siglo XXI, 1990.
- Routley, R., "The semantical structure of fictional discourse", *Poetics*, 8 (1979).